

La crisis china

Introducción

Cuando en 1949 triunfaba la revolución china, el primer objetivo de Mao y del equipo dirigente fue dar de comer a los chinos. La reforma agraria, la colectivización posterior y la inmensa movilización de masas volcadas a realizar las obras más elementales de infraestructura permitieron llevar a término este objetivo, y a principios de los 50 China creyó ver desaparecer para siempre las grandes hambres que, durante siglos, habían producido millones de muertos. Pero erradicar la miseria es una cosa y salir de la pobreza otra muy distinta.

A pesar de que el ritmo de crecimiento inicial fue muy rápido, el imparable aumento de la población absorbía todo el excedente económico. Los intentos de producir rápidamente una acumulación de capital con el que sacar adelante la industrialización del país, mezclados con las luchas políticas internas que en un país de partido único adquieren siempre una gran virulencia porque afectan todas a los centros vitales del poder, se plasmaron de forma evidente en movimientos como el Gran Salto Adelante y la Gran Revolución Cultural. A pesar de los logros iniciales, los desajustes entre la planificación y la realidad, la baja productividad y la altísima natalidad y la incertidumbre general producida por los violentos e imprevisibles bandazos del poder colocaron a China ante la necesidad de un cambio.

Para muchos la necesidad de éste era evidente ya desde principios de los 60, cuando los desastres del Gran Salto Adelante dieron un toque de alarma sobre los peligros de la improvisación y de la multiplicación logarítmica de los errores en una sociedad planificada de tan enormes dimensiones. Pero la resistencia al cambio se hizo con un radicalismo sin precedentes y el país se hundió en el estéril sufrimiento de la revolución cultural.

La muerte de Mao, en 1976, dejaba un país a la deriva, agotado por experiencias voluntaristas desastrosas que habían hecho reaparecer el espectro del hambre en el campo —el Gran Salto Adelante arrojó un saldo de 30 millones de muertos para el período 1958-61, con un excedente de mortalidad para el 1960 (el año más negro de la historia de la China contemporánea) de 19 millones de muertos— y despiadadas luchas por el poder de las que no sólo era testimonio la espectacular liquidación de Lin Biao sino también las violentas luchas entre distintas facciones de guardias rojos solventadas en varias ocasiones con la intervención del ejército.

Después de casi treinta años de revolución, el socialismo no había conseguido sacar a China del subdesarrollo y parecía que el maofismo había defraudado las enormes esperanzas con que fue acogido en 1949. Pero en sus filas, como en las de todo partido único, milita-

Dolors FOLCH

Sinóloga.

Licenciada en Historia.

ban opciones muy diversas y ya antes de la muerte de Mao era evidente que una de ellas —la reformista— iba a intentar hacerse con el poder e iniciar por su cuenta la reforma del sistema.

La ascensión de Deng Xiaoping

Reforma equivalía a modernización; y ya en 1962, Zhou Enlai había propuesto un programa de Cuatro Modernizaciones —agricultura, industria, tecnología y ejército— que la Gran Revolución Cultural condenaría al olvido. Pero Zhou Enlai era un hombre tenaz y la rehabilitación de Deng Xiaoping en 1973 —dentro de la coyuntura favorable a la neutralización de los radicales de la campaña contra Lin Bao y Confucio— y el posterior nombramiento de Deng como vicepresidente del PCCH en 1975, le permitieron volver a plantear las Cuatro Modernizaciones.

La muerte de Zhou Enlai, en enero del 76, dejó las manos libres a los conservadores que, con Hua Guofeng de primer ministro interino, se enfrentaron a los pocos meses al primer gran movimiento de masas del posmaoísmo: la manifestación que llevó a los pekineses a honrar la memoria de Zhou Enlai en la plaza de Tiananmen, el 5 de abril (el 5 del 4, como dicen los chinos) y que se saldó con un puñado de muertos y un gran número de detenciones. Es importante recordar aquellos días porque dieron fe del enorme bache que separaba el discurso de los dirigentes del sentir de la mayoría. Los manifestantes del 4 de mayo (el 4 del 5, siguiendo los paralelismos matemáticos que adoran los chinos) de 1989 se reclamaban explícitamente herederos directos de aquel primer movimiento. La represión, de paso, le permitió a Hua Guofeng retirar a Deng Xiaoping de todos sus cargos dentro de la campaña contra el «desviacionismo de derechas» (una de las 48 que han jalonado con sus slogans, detenidos y deportados los 40 años de la república popular).

Pero Mao moría a los pocos meses y con su muerte, el 9 de septiembre del 76, la lucha por el poder se convertía en un tema prioritario. La facción radical que le sucedió era demasiado heterogénea y Hua Guofeng, con ayuda del ejército, no tardó en imponerse a la Banda de los Cuatro, encabezada por la viuda de Mao, Jiang Qing.

Sin embargo, los desastres de la revolución cultural eran demasiado evidentes: se trataba de una herencia que el poder no podía asumir. Incapaz de darle la vuelta y convertirla en un mito negativo —como haría Deng más adelante— porque la mayoría de su equipo estaba formado por gentes que se habían beneficiado de la purga efectuada durante la revolución cultural contra los veteranos del partido, Hua Guofeng se vio

forzado a reponer a Deng Xiaoping en todos sus cargos, dando satisfacción con ello al silencioso voto con que los pekineses pedían su retorno: en aquella primavera del 77, Pekín aparecía inundada de pequeñas botellas —el valor fonético de *xiaoping* equivale a «pequeña botella»— que desde las aceras o colgadas de los árboles reclamaban su retorno. De manera similar, por cierto, en que sus cascos destrozados inundarán la ciudad en la primavera de 1989.

El retorno de Deng Xiaoping se hacía, pues, en aras de una gran popularidad y Hua Guofeng tuvo que aceptar que el XI Congreso, en agosto del mismo año, renovara a un tercio de sus representantes, sustituyendo a los anteriores radicales por sus víctimas de ayer.

El triunfo definitivo del pragmatismo reformista de Deng Xiaoping se produjo en el III Pleno del Comité Central de 1978. Tanto su repetida condición de víctima, en 1966-67 (durante la revolución cultural), y en 1976, como su largo historial en el poder en tanto que viceprimer ministro de Zhou Enlai desde 1952, le convertían en un candidato óptimo para llevar a término un *aggiornamento* vivamente deseado, no sólo por la sufrida población sino también por amplios y de nuevo influyentes sectores del partido.

Reforma sin democracia: la primavera del 79

Desde luego, la modernización y, con ella, la liberalización necesaria para que se desplegaran las energías autónomas del país tenían unos límites: tanto para Deng como para su equipo dirigente (empezando por Hu Yaobang y Zhao Ziyang, que luego serían sus víctimas) era necesario mantener un régimen autoritario —aunque ello implique ya un serio matiz respecto al totalitarismo anterior, que dejaba todas las decisiones, políticas, administrativas y económicas en manos exclusivas del partido— para poder controlar el cambio.

Y ello enfrentó a Deng con una de las contradicciones básicas del nuevo equipo, la que en último término iba a resultarle fatal. El cambio, que fue recibido como tal por la mayoría de intelectuales —es decir, de los dirigentes potenciales del país—, alentó un creciente movimiento de masas a favor de la democracia, a saber, de la implantación de mecanismos legales de control del poder, tanto más si se tiene en cuenta que los abusos y sinrazones de éste —como reconocía Deng— acababan de sumir al país en un inmenso caos. La forma en que Deng se encaró a los primeros atisbos del problema dan tanto la medida de su astucia y pragmatismo —entendiendo por éste una gran capacidad de maniobrar y una ausencia de todo principio— como de su insensibilidad para con las contradicciones básicas del sistema.

Deng alentó lo que después se conocería con el nombre de Primavera de Pekín y fue amparándose en ella hasta que consiguió vencer a sus adversarios en el III Pleno. Su apoyo dio alas a un movimiento que, iniciado en las esquinas de la calle pekinesa de Xidan con la colocación de *dazibaos* (escritos en grandes caracteres que son canal habitual de expresión para los chinos) reclamando la quinta modernización —la democracia—, adquirió en pocos meses una amplitud nacional. Los «muros de la democracia», decenas de metros de pared repletos de *dazibaos*, firmados, y las nuevas revistas, de orientaciones y contenidos muy diversos —sólo en Pekín, en el mes de abril, salían ya 22—, proliferaron por toda China.

Pero Deng ya tenía lo que se proponía. Tenía incluso más de la cuenta: la retirada china del Vietnam hacía aconsejable dar alguna satisfacción a los conservadores. Y además tenía práctica: no hay que olvidar que la represión contra los «derechistas» en el 57 —con la que se decapitó el «Movimiento de las Cien Flores» y se liquidó a la élite intelectual enviándola a reeducarse al campo— la dirigió él.

En el mes de marzo del 79 Deng detuvo a las cabezas visibles del movimiento, empezando por Wei Jingsheng que fue condenado a quince años de prisión. La astucia de Deng le permitió en pocos meses apoyarse en los reformistas para imponerse a los conservadores y apoyarse después en los conservadores para imponerse a los reformistas. Pero a diferencia del 57 no acompañó la liquidación del movimiento con una campaña que conmocionara a toda la sociedad. Ni falta que le hacía: los jóvenes demócratas de Xidan no ocupaban puestos clave de la burocracia como los «derechistas» de antaño, y además Deng contaba con la connivencia de los nuevos cuadros que, formados en el período estalinista de los años cincuenta, no se caracterizaban por sus veleidades democráticas y no tenían ninguna intención de ver disputados sus recién recuperados cargos por técnicos e intelectuales de nuevo cuño.

La represión le fortaleció lo suficiente como para poderse enfrentar al juicio contra la viuda de Mao, en el invierno de 1980. Pero los que esperaban que el juicio sirviera de punto de partida para sentar las nuevas bases legales del sistema quedaron defraudados: la concentración de todas las responsabilidades en la Banda de los Cuatro dio un carácter inverosímil al juicio que acabó teniendo todo el aire de un pacto entre facciones para la designación de un chivo expiatorio.

La difícil integración de la reforma en el maoísmo

Quedaba además, la delicada cuestión de las respon-

sabilidades de Mao. Por mucho que estuviera cada vez más claro que Deng cifraba su legitimidad en los grandes movimientos reformistas de finales del XIX y principios del XX y que la figura de Sun Yat Sen ocupara un espacio cada vez más grande en los discursos oficiales, era evidente que había que combinar esta herencia con la propiamente maoísta que legitimaba al conjunto del sistema. Para ello, el XI Pleno dividió la carrera de Mao, que había sido a la vez el Lenin y el Stalin de China, en una serie de períodos; su carrera quedaba calificada de ejemplar hasta el 49, correcta hasta 1957, con errores entre el 57 y el 66 y desastrosa del 66 al 76. Como nota aclaratoria a tan abultado carnet de notas, se añadía que los errores de los dos últimos períodos habían sido fruto de una aplicación incorrecta del pensamiento maozedong, el cual, gracias a esta carambola, salía indemne de la revolución cultural.

La sociedad china quedó entonces encuadrada —de acuerdo con lo que había quedado estipulado en marzo de 1979 a raíz de la represión del movimiento democrático— por los Cuatro Principios Fundamentales: la vía socialista, la dictadura del proletariado, la dirección del partido comunista y el marxismo-leninismo y pensamiento maozedong. La redundancia de tanta ideología no conseguiría apagar sin embargo la realidad política de la década que empezaba: la despolitización hastiada de la población urbana —los campesinos hacía décadas que veían con temor receloso los slogans vinculantes que, tan inexorablemente como las catástrofes naturales, les llegaban periódicamente de allá, de las ciudades— y la aparición de los primeros brotes de cianismo entre la juventud.

El éxito inicial de la reforma

Pero sería un error creer que a principios de los 80 la política de Deng contaba con una oposición significativa; al contrario. La importancia del movimiento de 1979 tardaría 10 años en ser evidente para los chinos. Por aquel entonces, dos elementos la desdibujaron.

En primer lugar, la autocracia china contaba con una tradición de milenios y en ella el poder quedaba por encima de la ley, y era de él de quien dependía la adjudicación de todos los cargos: por eso uno de los aspectos de la reforma por el cual el Estado dejó de garantizar el acceso al empleo de todos los licenciados, resultó muy impopular en amplias capas de la población universitaria. Esta autocracia implicaba la ausencia de procesos institucionales para limitar y controlar el poder, y una fidelidad estricta de la burocracia al Estado que la promovía. Los chinos habían sido educados en la creencia de que la autocracia era el único sistema que jamás había producido resultados satisfactorios en

el Imperio del Medio, y el casi total aislamiento en que vivieron durante decenios —junto con el recuerdo de las calamidades del período anterior ligado al Guomindang— les inducía a plantearse la cuestión en términos estrictamente ligados al pasado imperial chino. En 1980 no hacía ni setenta años que la dinastía manchú se había hundido y el Guomindang intentó resucitarlo a su favor, con poco éxito. Pero Mao lo consiguió. El encuadramiento estricto de la población; la asignación de residencia, el *hukou*, que adscribe a un chino de por vida a su lugar de nacimiento; la responsabilidad familiar colectiva, que los occidentales juzgan como una perversión inherente al comunismo pero que en China existe desde un decreto del estado de Qin del 350 a.n.e. y que vino a legalizar una situación *de facto* muy anterior: Mao revitalizó todo aquello de la vieja sociedad que podía servirle para encuadrar a la nueva.

En la década por venir, la apertura del régimen —que favorecía las comparaciones, sobre todo en lo relativo al nivel de vida—, la relativa liberalización interna —que permitiría la consolidación de una intelectualidad independiente—, y la rápida evolución de la realidad socioeconómica —que generaría problemas totalmente nuevos a los que había que dar una respuesta real—, darían pie sin duda a la necesidad de plantearse la urgencia de establecer un control social sobre el sistema. Pero a principios de los ochenta el problema de la autocracia para la mayoría de los chinos era simplemente que había funcionado mal. Deng Xiaoping supo conectar con el pueblo chino e infundirle la esperanza de que con él funcionaría mejor.

En segundo lugar, la reforma económica dio al principio unos resultados espectaculares y la población china depositó en Deng sus esperanzas de salir del subdesarrollo, tanto más cuanto que tenían plena conciencia de que los problemas con que éste se enfrentaba eran tan numerosos como profundos.

Los problemas de la sociedad china a finales de los setenta

El crecimiento de la población, que había pasado de 586 millones en el censo del 53-54 a más de 1.000 en el 80, amenazaba —a pesar de un descenso de la natalidad desde el 37 ‰ de 1970 hasta el 21 ‰ de 1978— con reducir a la inoperancia el crecimiento económico.

El crecimiento de la agricultura era demasiado lento y las tierras cultivables habían disminuído en un 11 ‰ debido a las nuevas edificaciones. La mano de obra, cuya abundancia tanto había exaltado la propaganda maofista —y gracias a la cual se habían podido realizar ingentes obras de infraestructura con una escasísima inversión de capital estatal— era en realidad sobreabun-

dante y mal cualificada: el 28 ‰ de la población seguía siendo analfabeta. La eliminación de las actividades paralelas en el campo había dejado de 40 a 90 millones de parados, a los que cabía sumar de 10 a 30 millones en las ciudades: la imprecisión de las cifras obedece al hecho de que todos ellos eran reabsorbidos por un subempleo que a su vez ocasionaba una bajísima rentabilidad. La prohibición de emigrar del campo a la ciudad aumentaba todavía más el desequilibrio entre la ciudad y el campo, mientras el deficiente estado de los transportes hacía irreversibles las diferencias entre zonas ricas y pobres.

En *la industria*, el equipamiento, anticuado y mal cuidado, funcionaba muy por debajo de sus posibilidades, gastaba demasiada energía, que por otra parte escaseaba, y producía una calidad muy mediocre. La rigidez de la planificación y su inadecuación a la demanda originaban pérdidas graves y la productividad de la mano de obra era muy baja debido al empleo garantizado de por vida y al igualitarismo en los salarios.

Además, el sistema funcionaba a través de una *burocracia* sobre cuya incompetencia, avaricia y corrupción quedaban ya pocas dudas. La liquidación de los «expertos» —nombre genérico que en China se da a intelectuales, profesionales y técnicos— en favor de los «rojos» —o vieja guardia— en 1957 había dado pésimos resultados económicos, sobre todo cuando se vio la imposibilidad de convertir a los «rojos» en expertos: de los 40 millones de miembros del partido, sólo un 4 ‰ tenía estudios universitarios y sólo un 14 ‰ los tenía secundarios. De hecho esta línea divisoria que separa funcionarios de intelectuales es una característica del siglo XX, que lo diferencia netamente de la práctica anterior: baste recordar que los más grandes poetas chinos, Lai Bai, Du Fu, Wang Wei, fueron todos funcionarios.

La desidia con que se había tratado la *educación* jugaba también en contra del desarrollo: las universidades se habían mantenido cerradas durante diez años y la secundaria apenas había funcionado durante un período similar: la «generación perdida», que a principios de los 80 tenía 30 años, era un lastre que no se podía soslayar.

El escaso desarrollo del *sistema legal* y su total dependencia del partido lo hacían inoperante no sólo para enfrentarse al comercio exterior y a los problemas jurídicos de las empresas en régimen de *joint venture*, sino también para la gestión de los asuntos internos en caso de que la economía funcionara con entidades independientes de la gestión directa del Estado. Por otra parte, dado que la justicia había pasado a ser simplemente el brazo ejecutor de las decisiones del partido, el Ministerio de Justicia se abolió en 1959 y las facultades de derecho habían desaparecido de las universidades.

El aislamiento del mundo exterior había dejado a

China al margen de las nuevas tecnologías. La urgencia de remediar este aislamiento empezó a sentirse en cuanto se aligeró un poco el peso de los radicales: la visita de Nixon se produjo tan sólo unos meses después de la muerte de Lin Biao.

Este aislamiento implicaba también, en la más pura tradición confuciana, la renuncia a cualquier expansionismo *militar*, para el que el ejército chino estaba muy mal preparado. Sus actuaciones en el 62 frente a la India y en el 79 frente al Vietnam pusieron en evidencia el pésimo armamento de un ejército en zapatillas, imagen que no conseguiría desvanecer ni tan sólo la aparatosa explosión de la bomba atómica china en 1964. Por otra parte el peso de la ideología había distorsionado también la defensa nacional: los años sesenta vieron la excavación de una compleja red de túneles subterráneos en las ciudades para precaverse de ataques e invasiones cuya amenaza tenía poco que ver con la realidad y mucho con la necesidad de mantener la cohesión de la población frente a un hipotético enemigo exterior.

Con una herencia así, la tarea de Deng no era nada fácil.

Las reformas de Deng Xiaoping

Los primeros pasos de la reforma económica aparecen ya en el plan de desarrollo del 78, que tanto por su urgencia y voluntarismo como por su tendencia a la descentralización recuerda elementos del Gran Salto Adelante. Pero el espíritu es ahora distinto: se reimplantan los estímulos materiales, se restablece la disciplina en el trabajo y se procede a una importación acelerada de tecnologías extranjeras, dentro del marco de una política de apertura que permita obtener las transferencias de capital necesarias.

La reforma de la agricultura

El primer sector en el que los cambios se hacen sentir es el de la *agricultura*, y ello tanto por motivos económicos —puesto que los experimentos de Wan Li en Anhui y de Zhao Ziyang en Sichuan habían puesto de manifiesto que la vinculación de la remuneración a la producción estimulaba un aumento sin precedentes de la productividad agraria—, como por motivos políticos: a la manera de Mao, Deng quería asegurarse primero la lealtad del 80 % del país.

Iniciada ya en el 78 con medidas importantes de liberalización —que colocaban la propiedad y la gestión a nivel de una unidad más pequeña, el equipo (agrupa-

ción de 20 a 30 familias), y fomentaban la existencia de parcelas privadas y de actividades familiares subsidiarias cuyos productos podían venderse en el mercado libre—, la aparición de las explotaciones familiares se generalizó en 1982. La tierra seguía siendo del Estado, pero los contratos de explotación, que en 1982 eran por tres años, pasaron a ser, en 1984, por 15 años, período que permitía ya inversiones productivas. A cambio, los campesinos debían entregar al Estado un impuesto agrícola y unas cuotas obligatorias de la producción a precios fijados por éste.

El «sistema de responsabilidad» comportaba también la posibilidad de cultivar productos paralelos y abandonaba la producción exclusiva de cereales que había caracterizado la revolución cultural. El aumento de la producción fue espectacular, con una cosecha récord de cereales en el 84 y una triplicación de los ingresos rurales entre 1979 y 1985.

Al mismo tiempo, para evitar que se produjera una emigración masiva del campo a la ciudad, se estimuló la creación de *industrias rurales*. El capital necesario salió de los ahorros acumulados durante la revolución cultural —en la que a pesar de los reducidos salarios no había nada que comprar—; de la devolución de los préstamos forzados al Estado que éste había instituido durante la revolución cultural; de las solidaridades familiares reencontradas, y de los préstamos de la banca oficial. La importancia de esta industrialización rural no debe subestimarse: en 1984, en Jiangsu, el valor de la producción industrial superó por vez primera al de la agricultura. La proliferación de estas industrias rurales llegó a absorber al 20 % de la mano de obra en 1985, y para facilitar su atracción se suavizaron las normas del *hukou*, residencia obligatoria, a partir de 1984.

Fue también a partir de este año cuando se aceleró el proceso de descentralización: las industrias rurales locales dejaron de depender en última instancia de Pekín, del «Centro», para hacerlo de las autoridades locales y provinciales. Su gestión —podían incluso firmar contratos con el extranjero—, se vio con ello muy agilizada, pero, a la vez, se dibujaron con mucha mayor nitidez las diferencias regionales. Sin duda, ello no cogió de improviso a Deng; al contrario. La reforma pretendía explícitamente la creación de dos sistemas dentro de un mismo país, dicho de otra manera: conseguir que la franja costera, con unos 200 millones de habitantes, despegara por su cuenta, aligerada del lastre de los restantes 800 millones. De hecho se trataba de seguir el modelo de los «cuatro dragones»: Corea, Taiwan, Hong Kong y Singapur.

Los «cuatro dragones» —a los que además cabía añadir la experiencia del despegue de Japón durante el período «Meiji», en 1870— constituían necesariamente un serio motivo de reflexión. Obsérvese que se trata del grupo de países de cultura sínica —los demás países del

área que no pertenecen a este grupo, como Indonesia o Filipinas, han carecido de su crecimiento espectacular— y que han seguido unas pautas similares para su industrialización: fuerte control estatal en su fase inicial; gran importancia otorgada al encuadramiento tradicional, confuciano en la mayoría de ellos; fuertes inversiones de capital extranjero, y población relativamente pequeña. Estas eran las características que China trataba de reproducir en sus zonas económicas especiales, con alguna salvedad.

La cuestión del confucianismo —que se tradujo entre otras cosas en una inesperada revitalización de todo lo relacionado con el venerable sabio, en especial la repentina conversión de su ciudad natal, Qufu, en un punto crucial de las rutas turísticas— originó un serio debate en torno al impacto de la ética social sobre el desarrollo económico. El debate —que apasionó al ala reformista y a los intelectuales liberales y que fue reproducido fielmente por algunos periódicos, especialmente de Shanghai— adquirió connotaciones políticas inmediatas cuando la nueva generación de tecnócratas formados en los USA defendió a finales de los 80 la necesidad del neoautoritarismo: la liberalización económica debía hacerse dentro del marco de un Estado muy centralizado, ya que la experiencia coreana o taiwanesa venía a demostrar que se podía desarrollar una economía moderna sin necesidad de entrar en reformas democráticas.

LOS PROBLEMAS DE LA REFORMA EN EL CAMPO. Pero con el desarrollo llegaron también problemas nuevos y cobraron energía los antiguos.

Dado que los campesinos encontraron pronto mucho más lucrativos los productos paralelos que los cereales, el Estado se vio obligado a *aumentar constantemente el precio de compra* de éstos —llegando incluso, como en el distrito de Wuxi, a subvencionar su cultivo— para intentar evitar su importación y, con ella, el desequilibrio de la balanza de pagos. Pero se trataba a la vez de evitar que este aumento repercutiera en un incremento de los precios de los cereales en la ciudad: por ello el gobierno pasó a subvencionar la venta de estos productos, gravando con un carga creciente los presupuestos estatales y municipales. En Pekín, la primera liberalización de los precios agrícolas en 1985 comportó la asignación de una subvención de 7,5 *yuanes* por persona y por mes, que aumentó a 10 cuando los precios se dispararon de nuevo en 1988: la suma representa el 45 % de los gastos municipales.

La proliferación de las industrias rurales y de las nuevas construcciones de viviendas —que sumó 800 millones de m² en 1983—, provocó pronto una seria *disminución de la tierra cultivable*, tanto más grave cuanto que venía acompañada de un aumento de la población: entre 1980 y 1986, la superficie cultivable por habitante disminuyó en un 10%, pasando de 0,11

Ha a 0,10 Ha.

La posibilidad de disponer sin trabas de todo su tiempo liberó las energías de los campesinos que anteriormente estaban parcialmente absorbidas por los trabajos colectivos. Pero al mismo tiempo provocó un *grave deterioro de la infraestructura*. Los fondos de ayuda al equipo —último residuo de las anteriores estructuras colectivas, que ahora existen sólo como entidad administrativa— no funcionan, tanto por la reticencia de los campesinos a entregarlos como por la avidez de los funcionarios en desviarlos en provecho propio. La ausencia de un sistema legal —dibujado sólo a grandes rasgos— deja el funcionamiento a merced de la interpretación del burócrata local y de una legalidad que varía de mes en mes y de distrito en distrito.

La industrialización rural fue un factor importante del crecimiento económico, capaz de compensar la falta de dinamismo del sector estatal. No obstante, al estar basada en una sobreabundancia de mano de obra, en salarios muy bajos y en una mecanización rudimentaria, su *productividad es muy baja* y el volumen de pérdidas por fabricación defectuosa llega a alcanzar el 20%. La inoperancia de los transportes la hace por otra parte mucho más rentable en las regiones ricas que en las pobres y contribuye a aumentar las diferencias del nivel de vida entre ambas.

Pero *la reaparición de las diferencias sociales* no es sólo un fenómeno interprovincial. Con la reforma han llegado no sólo los nuevos ricos —las familias de 10.000 *yuanes*— sino también los nuevos pobres. La administración admite que 100 millones viven por debajo del nivel mínimo y su número no para de aumentar: la mendicidad vuelve a ser visible en las ciudades aunque afortunadamente está lejos de las cuotas que asolaron el campo chino durante el Gran Salto Adelante y la Gran Revolución Cultural: la literatura de los años 80 refleja ampliamente la estupefacción con que el joven idealismo de los guardias rojos se enfrentó, cuando fueron a reeducarse al campo, a los enjambres de mendigos que se les abalanzaban encima en cada estación. Pero el problema más general es otro: formada durante decenios en un igualitarismo radical, la mayoría de la población envidia amargamente la acumulación de riquezas en pocas manos, demasiado a menudo ligadas a buenas relaciones con la administración. A partir de 1985 estas diferencias han tendido a aumentar y en 1988 el gobierno se vio obligado a reconocer la cesión de arrendamientos entre campesinos, que permite una concentración cada vez mayor de la tierra.

Y sin embargo, por muy graves que sean los problemas sociales resultantes de esta concentración, el proceso tiende a paliar el *tamaño insuficiente de las explotaciones agrícolas*, que presentan un serio obstáculo a la mecanización del campo: y ésta parece ser la única forma de salir del estancamiento agrícola iniciado en

1987. La descolectivización del campo tuvo unos efectos similares a la reforma agraria de 1980: la de multiplicar las parcelas tan poco rentables, de menos de media hectárea por familia, como poco aptas a la racionalización de la actividad. Mao resolvió el problema colectivizándolo todo tres años después a un ritmo tan rápido, por decirlo todo, como el de la descolectivización actual.

Pero la mecanización del campo acentuará todavía más la *emigración hacia las ciudades* que alcanzó proporciones impresionantes en 1988, año en que coincidió el estancamiento de la productividad agrícola con la drástica limitación de los créditos a las industrias rurales y a la construcción en las ciudades, en un intento de frenar la inflación. La incapacidad por parte del Estado de pagar parte de la entrega obligatoria de cereales en 1988 aumentó todavía más este éxodo. A finales de 1988 unos 50 millones de campesinos deambulaban a lo largo y ancho de China buscando trabajo. Esta cifra, que en realidad representa tan sólo un 7% de la población rural —es decir, una emigración incomparablemente inferior a la que ha acompañado la industrialización de cualquier país occidental—, indica las enormes repercusiones que introduce cualquier desequilibrio en una masa de población como la china. Entre febrero y marzo del 89, 25.000 campesinos llegaron diariamente a la estación ferroviaria de Cantón: un total de dos millones en dos meses. Y el éxodo rural era visto además con auténtica alarma por parte de los ciudadanos, principales beneficiarios de la drástica separación entre la ciudad y el campo mantenida durante treinta años: entre 1964 y 1976, a pesar de un incremento demográfico de 18 millones anuales en el campo —al que cabe añadir los 10 millones de jóvenes «instruidos» que fueron mandados allí a reeducarse—, el número de emigrantes rurales no llegó a un millón. Este aislamiento sanitario de las ciudades permitió a sus habitantes un mejor acceso a los puestos de trabajo mientras el bajo precio de los cereales pagado por el Estado permitía mantener el nivel adquisitivo de los salarios. En este contexto, la emigración rural a finales de los 80 constituía una seria amenaza al orden social. Justo antes de que el movimiento de los estudiantes concentrara todas las preocupaciones del gobierno, esta avalancha del campo a la ciudad —y más teniendo en cuenta que el excedente de mano de obra agraria calculado para el año 2.000 es de 250 millones de personas— quitaba ya el sueño a los dirigentes.

Tanto más cuanto que en enero de 1989 el gobierno reconocía un aumento de población muy por encima de lo previsto y admitía la posibilidad de mantener el techo de 1.200 millones de habitantes para el año 2.000. Este aumento se concentra sustancialmente en el campo, tanto por la conveniencia de aumentar el número de brazos destinados a la explotación familiar

—que lleva a los campesinos ricos a pagar sin pestañear, como si de un impuesto se tratara, los 2.000 o 5.000 *yuanes* de multa por el nacimiento de un nuevo hijo—, como por el resurgir de la mentalidad tradicional en el campo: el resultado es que en las zonas rurales, donde se concentra el 80% de la población, las mujeres con hijo único son sólo un 13%.

La familia, convertida en la unidad básica de producción, ha pulverizado las anteriores estructuras colectivas y ha hecho resurgir la autoridad patriarcal y las antiguas solidaridades familiares y clánicas. *El poder del Estado se desdibuja en el campo* y los conflictos entre comunidades locales, a menudo saldados con sangre, saltan cada vez más a la prensa.

El retraimiento del Estado y la relajación de la presión del partido han conllevado también la *reaparición de los cultos religiosos*. Lo importante a destacar no son tanto las religiones institucionalizadas (taoísmo y budismo principalmente), con profesionales a los que se piden servicios precisos y puntuales —y cuya jerarquía bien organizada puede ser sometida a un control estatal—, como todo aquel conjunto de prácticas religiosas intensamente integradas en el tejido social. Toda comunidad tiene su propio culto que oficia ella misma sin intervención de especialistas: culto a los antepasados por parte de cada linaje, a los dioses territoriales por parte de comunidades campesinas más amplias, a dioses patronos por parte de asociaciones de mercaderes. Esta es, mucho más que la oficial en torno a las grandes iglesias organizadas, la religión que resurge y en torno a ella se reestructura toda la red de solidaridades familiares y locales que sin ser necesariamente contrarias al gobierno quedan ciertamente al margen de él y, tanto más, del partido. Y conviene recordar que estos cultos, por muy perseguidos que fueran durante treinta años bajo el epíteto genérico de supersticiones, constituyen una tradición que durante milenios proporcionó las bases mismas de la estructura sociopolítica del Estado chino.

Pero, por muy tradicional que sea, el resurgir de la familia patriarcal no beneficia a todo el mundo. Por lo menos para la mitad de la población, la parte femenina, representa la reimplantación de una autoridad mucho más inmediata que la de los cuadros anteriores. El matrimonio vuelve a ser —aunque nunca dejó de serlo del todo— un asunto a arreglar por la familia y el precio de la novia ha vuelto a disparar las dotes. Tanto más cuanto que la mayor utilidad del hijo para la explotación familiar ha producido un infanticidio de niñas que se traduce en una disparidad importante en el equilibrio de sexos: en dos distritos de Anhui la proporción niños/niñas ha alcanzado ya el 16,4 a favor de los primeros.

A pesar de todos los problemas, si se quiere hacer un balance de los cambios introducidos en la agricultura

por la década reformista, el resultado global es el de una mejora sensible. Por primera vez en el siglo XX los campesinos han conseguido saciar el hambre, y el desarrollo de las industrias rurales, aunque desigual, es superior al de ningún otro período. El problema es que ahora este campo se enfrenta con una crisis de carácter global y es difícil que las intervenciones del Estado para paliarla —y que con toda probabilidad pasarán por la implantación de un mayor control— se introduzcan sin sobresaltos.

La reforma en la industria y la política de apertura

El problema agrario entronca con el de la industria y la política de apertura.

Los primeros treinta años del régimen volcaron el grueso de sus inversiones en la *industria pesada*. Pero aunque las tasas de inversión aumentaron sin cesar a lo largo del período, la producción no seguía su mismo ritmo debido al pésimo estado de las infraestructuras, al envejecimiento del equipamiento industrial, a la rigidez de la planificación central —que tenía más en cuenta las cifras absolutas de producción que su mercado real—, a la baja productividad del trabajo obrero y a la ubicación de los grandes complejos de la industria pesada en las provincias del interior: todo ello sugiere una combinación de los intereses de la industria pesada, las provincias interiores y la burocracia de Pekín dominando la política económica hasta finales de la década de los setenta.

1979 iba a marcar un cambio sustancial.

El desarrollo de la industria pesada, a pesar de que mantenía su prioridad sobre el papel, vio frenado su empuje por la falta de energía real disponible, mientras que la industria ligera, capaz de proporcionar *bienes de consumo* exportables, resultó netamente favorecida por las inversiones extranjeras. Aunque los intereses de éstas, que sueñan con un mercado de 1.000 millones, y los de los chinos, que persiguen la entrada de divisas a través de la exportación, son muy a menudo contradictorios, durante la década de los 80 la producción de los bienes de consumo alcanzó un *boom* sin precedentes: entre 1984 y 1988 la producción de televisores de color pasó de 1,3 millones de unidades a 10,3 y la de magnetófonos de 7,8 a 23,4.

La política de apertura se tradujo en un crecimiento rapidísimo de las ciudades costeras. Para estimular las inversiones extranjeras se crearon en 1984 las 14 *zonas económicas especiales*, a las que pronto se añadió la zona del bajo Yangzi que, centrada en Shanghai, cubría gran parte de las provincias de Anhui, Zhejiang, Jiangsu y Jiangxi: una superficie de 515.000 km², superior a la de la península Ibérica. La avalancha de inversiones extranjeras fue importante —sumaba 11.000 millones de dólares de 1988, destinados a la apertura de 11.500

joint ventures entre 1979 y 1988—, pero no todas las zonas económicas especiales dieron buenos resultados, tanto por la deficiencia de las estructuras locales, como por la corrupción e incompetencia de los cuadros regionales. El escándalo de la isla de Hainan dio la medida: con fondos otorgados por el Estado para la creación de industrias de transformación de productos para la exportación, los dirigentes locales importaron en 1984-85 79.000 turismos, 45.000 motos, 350.000 televisores y 135.000 magnetófonos que revendieron con grandes beneficios al continente.

Al desencanto proporcionado por las zonas especiales —ni tan sólo Shenzhen, la más espectacular de todas ellas por su proximidad a Hong Kong, ha dado todo el resultado que se esperaba— cabe añadir las reticencias que despiertan por su *recuerdo de un pasado colonial*. Su ubicación es en todo similar a las zonas arrancadas a China por las potencias extranjeras a raíz de los tratados desiguales del siglo XIX. De hecho éstas no consiguieron penetrar en una extensión tan grande de territorio como el actual hasta 1896 y los mapas de las actuales zonas económicas especiales y de las cesiones coloniales que se redondearon aquel año se superponen casi al milímetro. Hecho que no deja de proporcionar argumentos a los contrarios a la apertura y, con ella, a la reforma.

Tanto más cuanto que la apertura mal controlada y los ambiciosos proyectos de transferencia tecnológica provocaron ya en el 84 un déficit grave de la balanza comercial, que se acentuó en el 85 hasta llegar a 13,7 miles de millones de dólares, y que, tras una breve recuperación en el 86-87, alcanzó en el 88 la suma de 40 mil millones de dólares.

El recalentamiento económico del 84-85 llegó a su punto culminante con la *liberalización de los precios*. A fin de mejorar la productividad se limitó la planificación central y se dejaron fluctuar los precios. Pero los mecanismos de mercado no llegaron a tener a corto término un papel regulador y se perdieron en el marasmo de la economía burocratizada y compartimentada. En las empresas estatales se sustituyeron las subvenciones puras y simples por parte del Estado por préstamos bancarios con intereses —con la idea de que el tener que reembolsar un préstamo gravado con intereses incitara a calcular bien los costos de la producción y, por tanto, la rentabilidad real—, mientras las empresas, previo pago de sus impuestos al Estado, podían quedarse con parte de las divisas ganadas y negociar directamente sus contratos con el extranjero. Libres de la tutela de Pekín, las empresas se lanzaron a una carrera desenfadada de obtención de beneficios, apoyadas por las autoridades locales: para ello resultaba mucho más rentable invertir en industrias de bienes de consumo que en infraestructura, transportes o industria pesada. De resultados de ello, la inversión estatal en infraestructura rural, que

había mantenido una media de 11,9% en los últimos diez años, pasó en 1988 a un 6%.

La conjunción de crecimientos del sector agrario y del de las empresas estatales produjo un aumento espectacular de las industrias de bienes de consumo. Por otra parte, los enormes desequilibrios entre la oferta y la demanda llevaron a una rivalidad exacerbada entre los diferentes grupos de interés para repartirse los beneficios del crecimiento.

La crisis económica de finales de los años 80

A partir del 85 empezaron a notarse *signos de estancamiento*. El ritmo del crecimiento industrial, que había alcanzado el 24% durante el primer trimestre de 1985, pasó a ser del 10% en el cuarto trimestre del mismo año y del 4% en el primer trimestre de 1986.

Las causas del estrangulamiento fueron múltiples: la insuficiencia de los medios de transporte, la falta de energía (que obligaba a las zonas costeras equipadas a un alto coste a operar a un 80% de sus posibilidades), la escasez de las materias primas y el ritmo creciente de la inflación favorecida por el volumen de los préstamos: éstos aumentaron en un 30% durante 1985.

La inflación afectó por primera vez seriamente a las ciudades. Aunque los sueldos obreros habían aumentado en un 60% entre 1978 y 1984, la inflación, que en el primer trimestre de 1985 alcanzó el 30%, amenazaba con anular el incremento salarial.

Mientras, el Banco de China se puso a emitir más y más moneda, en un intento de desactivar la crisis económica a través de un aumento de la masa monetaria que permitiera multiplicar los subsidios. Este aumento de los billetes en circulación, que era ya del 23% en 1986, alcanzó el 35,9% en 1988, con el agravante de que, una vez descubierta la panacea, también los bancos regionales empezaron a darle a la manivela.

Además, los *cambios en el empleo* que se empezaban a implantar estaban lejos de ser del gusto de todos. Para aumentar la productividad se introdujo el trabajo a destajo y los contratos temporales: y eso en un país en que los trabajadores, por muy bajos salarios que tuvieran, estaban acostumbrados a los empleos vitalicios y al derecho de los hijos a heredar el lugar de trabajo de sus padres en el momento de la jubilación de éstos. El sistema anterior —el «cuenco colectivo de arroz»— era sinónimo de pobreza, pero también de seguridad. En cambio la reforma reintroducía en China las formas del capitalismo salvaje contra las cuales el movimiento obrero y los partidos marxistas habían luchado tenazmente a partir de mediados del XIX, y lo hacía dentro del marco bautizado como «vía china hacia el socialismo». La forma de empleo liberal que preconiza la re-

forma, sin subvención de paro —que China es demasiado pobre todavía para establecer—, ni sindicatos —que el gobierno es demasiado autocrático para tolerar—, dejaba a los obreros totalmente indefensos ante los males más espectaculares del capitalismo. Por eso una parte de ellos se inclinaba por mantener el relativo confort del status socialista anterior y de sus prácticas igualitarias, aunque con ello debiera renunciar a un hipotético aumento de la productividad. Ni que decir tiene que el ala conservadora se ha esforzado por canalizar a su favor este descontento, actitud ésta tanto más irreflexiva cuanto que alentaba un descontento social hacia una reforma que se presentaba como irreversible incluso para conservadores como Li Peng.

Por otra parte, los chinos son especialmente sensibles a los males de la inflación que en la mente de los adultos se asimila a la subida galopante de precios de los últimos años del Guomindang, inflación que contribuyó no poco al apoyo prestado por las masas urbanas a la causa comunista en 1949: uno de los grandes éxitos de Mao había sido el retorno a la estabilidad de precios y salarios durante tres decenios.

El aumento galopante de los precios en 1985 alarmó a la población y la constante depreciación del dinero la lanzó a un frenesí de compras que, al aumentar sensiblemente la demanda, aceleró la inflación. Algunos creían que el alza de precios frenaría el consumo y, con ello, en último término, la inflación. Pero ocurrió exactamente al revés: los chinos se lanzaron a la calle a comprar cualquier cosa con tal de rentabilizar al máximo una moneda en la que ya no creía nadie, el *renminbi*, cuya coexistencia con otra moneda fuerte, el *waihui*, convertible a divisas extranjeras, provocaba una devaluación imparable y públicamente reconocida de la primera. Desde 1988 el mercado negro de *renminbi* a cambio de *waihui* florecía en todas las esquinas. La mayoría de los taxis llevaban un cartel en su interior advirtiendo que sólo aceptaban *waihui* y en restaurantes —incluso en los del Estado— y mercados el precio era el doble o la mitad según se pagara en una u otra moneda. Huelga señalar la complicación que esto representaba en los contactos con empresas extranjeras puesto que oficialmente el Estado se negaba a reconocer el distinto valor de ambas monedas —equiparadas en teoría— y el sistema forzaba a una doble contabilidad que unos y otros intentaban manipular a su favor.

Para intentar frenar la crisis, el gobierno elaboró un primer bloque de medidas de austeridad, centradas en frenar la liberalización de los precios y la limitación de los subsidios. Pero el recalentamiento de la economía era ya tal que esas medidas tuvieron como única consecuencia la revitalización inmediata del mercado negro y la aparición de focos importantes de resistencia. Las administraciones de las zonas costeras, en especial las

de las zonas económicas especiales, no estaban ni mucho menos dispuestas a frenar su crecimiento. Su irritada reticencia puso de manifiesto por vez primera el enorme retroceso que el poder central había experimentado a lo largo de la reforma.

La crisis política

Fue en este contexto cuando se inició la protesta de intelectuales y estudiantes: la magnitud de la crisis económica estaba ya precipitando una crisis política.

Para los conservadores, encabezados por Li Peng, el problema radicaba en el debilitamiento de la intervención económica central del Estado que había provocado un crecimiento incontrolado de las inversiones y una tendencia centrífuga de las provincias, mientras la aceleración del proceso impedía el control sobre su ritmo por parte del Estado. Por el contrario, para los reformistas encabezados por Zhao Ziyang, la crisis obedecía a la lentitud en la aplicación de la reforma y al hecho de que ésta sólo sería efectiva cuando se extendiera a la totalidad de la economía.

El debate era tanto más importante cuanto que ya en el 87 había saltado abiertamente a la prensa, al amparo de una limitada libertad de expresión que fue creciendo gradualmente a lo largo de los años 80. Los estudiantes e intelectuales fueron especialmente sensibles al problema.

La situación de los profesionales y estudiantes

Por una parte, los profesionales han visto cómo su posición se deterioraba día tras día a lo largo del decenio. Sus sueldos, que a finales de los 70 eran todavía ligeramente superiores a los de los obreros, eran ya en 1986 inferiores en un 10%. Ahogados por unos sueldos fijos que les hacen especialmente vulnerables a la inflación, acorralados en el interior de las *danwei*, unidades de producción, que controlan todos sus gastos y distribuyen según criterios no siempre compartidos y nunca consultados los servicios sociales —como las viviendas— y todo tipo de prebendas —como los tan codiciados viajes—, estos intelectuales han trabajado y trabajan en condiciones intolerables de penuria tanto material como intelectual. Un igualitarismo residual frena además la promoción de los mejores: las becas y los bienes remunerados y prestigiosos puestos de trabajo temporales en el extranjero son distribuidos de forma rotativa, independientemente de las capacidades reales de los beneficiarios: a la amargura de los que ven sus capacidades arrinconadas en provecho de incompeten-

tes, hay que añadir el despilfarro que ello representa para el sistema.

La reforma universitaria del 77 limitó de hecho el acceso a la universidad de las élites urbanas, en un intento de rentabilizar al máximo las inversiones en educación tras el fracaso de las experiencias de la revolución cultural, que primó de forma absoluta a los hijos de campesinos pobres. Desde entonces, los estudiantes se sienten especialmente identificados con las discusiones de la élite político-administrativa a la que pertenecen tanto por origen social como por expectativas, y viven también en condiciones materiales e intelectuales de extrema dificultad. Hacinados en cuartos de seis a ocho literas, con un acceso muy difícil a los materiales de trabajo —los libros están siempre agotados y las fotocopias no existen—, reciben una enseñanza que generalmente es de escasa calidad y han de convivir en condiciones de competitividad agotadoras con la esperanza de alcanzar la cúspide del sistema: un postgrado en el extranjero. El esfuerzo realizado por el Estado para conseguirles una mejor titularidad se demuestra en las cifras de estudiantes que se benefician de ello: en 1989 había 40.000 sólo en los Estados Unidos y una cifra no muy inferior repartida por Japón, Australia, Canadá, Europa Occidental y la URSS. Aunque aquí la selección es mucho menos arbitraria que en el caso de los profesionales —con la obvia salvedad de que las oportunidades de los hijos de los dirigentes son infinitamente superiores a las de los demás— el despilfarro no es menor: regresa un 20%.

Sin embargo, la importancia de la protesta de profesionales y estudiantes vino del hecho de que trascendió sus reivindicaciones materiales y corporativas.

Aunque sin duda sus simpatías les acercaban más al ala reformista, no tardaron en darse cuenta de la principal contradicción de ésta: la falta de control democrático de la reforma dejaba todo el proceso en manos precisamente de la burocracia incompetente y corrupta a la que era prioritario apartar. Por ello el movimiento nació en oposición directa al sistema y su principal reivindicación, la democracia —entendida como el establecimiento de un sistema legal que frenara la corrupción y el despilfarro e hiciera a la sociedad en su conjunto responsable de las decisiones gubernamentales— fue desde el principio el eje del enfrentamiento. De ahí también que los reformistas gubernamentales, frenados por una compleja red de solidaridades familiares y regionales con los sectores de la burocracia que les eran favorables, no podían conectar plenamente con ellos.

La emergencia de una crítica intelectual: el movimiento literario de los 80

El movimiento democrático se notaba ya en los campus desde 1986 y en él destacaban no sólo el astrofísico Fang Lizhi —que pronto empezó a desmarcarse del sistema y a discutir abiertamente la posibilidad de salir de la crisis bajo la hegemonía del mismo partido que les había llevado a ella— sino también un escritor tan destacado como Liu Binyan, que desde las columnas del archioficial periódico *Renmin Ribao* denunciaba incansablemente los abusos del poder, y Su Shaozi, director del mismísimo Instituto de marxismo-leninismo y pensamiento maozedong.

En realidad todo el mundo literario —estructurado en torno a la Asociación de Escritores, que agrupa a más de 2.500 escritores profesionales— se mostraba notablemente crítico a partir de los 80, después de casi 25 años de silencio absoluto durante los cuales la mayoría de ellos escribieron sólo su autocrítica. A principios de los 80, dos generaciones de escritores irrumpieron en escena.

Los primeros eran ya escritores antes del Movimiento de las Cien Flores, en 1956, y tienen por tanto cerca de 60 años. En 1957 fueron acusados de «humanistas derechistas» y mandados a reeducarse al campo, donde la mayoría de ellos empalmó ya con la revolución cultural: en total, 20 años. Liu Binyan, Bai Hua, Zhang Xiangliang, Lu Wenfu y el mismo Wang Meng, Ministro de Cultura desde 1986 hasta su destitución en septiembre de 1989, pertenecen a este grupo.

Los segundos, que tienen entre treinta y cuarenta años, eran estudiantes, generalmente de secundaria, durante la revolución cultural y participaron en ella más o menos activamente hasta que fueron enviados al campo a reeducarse a través del trabajo manual: el resultado fue exactamente el opuesto del esperado. Allí entraron en contacto con una miseria con la que ni soñaban y la contemplación de las corruptelas y crueldades de la burocracia local les convirtió en críticos irreductibles del sistema. Zhang Xinxin, A Cheng, Bei Dao, destacan en esta generación.

La confluencia de ambas generaciones de nuevo en las ciudades a principios de los 80 y el clima de apertura que imperaba en aquel momento crearon las condiciones para un renacimiento cultural que, siguiendo un proceso previsible —y en parte dirigido— pasó primero por una etapa de «literatura de las cicatrices», en la que todos y cada cual contaron los horrores de la revolución cultural, para entrar luego en una etapa de «literatura de búsqueda de las raíces», en la que buscaban asimilar el complejo y desconocido mundo agrario que se había abierto ante sus ojos de ciudadanos, para terminar desembocando en una mayor multiplicidad y variedad de orientaciones a finales de los 80.

Paralelamente, el movimiento, como es evidente, mantenía una viva crítica para con las orientaciones artísticas y literarias elaboradas por el sistema: ya en 1984, Wang Meng se atrevió a criticar públicamente el sacrosanto texto de Mao de 1942, en Yunan, *Sobre arte y literatura*, según el cual la literatura debe estar al servicio de la revolución.

Y sin embargo, incluso dentro de la década de los 80, no faltaron los sobresaltos. En 1983 vino la campaña contra la criminalidad, que so pretexto de frenar la primera oleada de delincuencia con que se enfrentaba la República Popular, llenó las pantallas de la televisión de ejecuciones sumarias. Pero si en aquella campaña, en la que murieron decenas de miles de raterillos y similares, no se atacó en ningún momento a los intelectuales, la que de repente se desató en 1984 «contra la polución espiritual» apuntaba directamente a los más críticos de ellos: Bai Hua y Zhang Xinxin. Pero la aceleración del ritmo de las confrontaciones jugó esta vez a favor de ellos: la campaña duró poco y cuando se deshizo dejó paso a un clima de permisividad superior al anterior.

La aceleración de la crisis a partir de 1987

La crisis estalló en 1987 con las primeras grandes manifestaciones de estudiantes, que, iniciadas en Shanghai, se extendieron pronto por todo el país. Esta vez se acusó directamente a Fang Lizhi, cuya universidad de Hefei fue un foco muy activo durante el movimiento, de ser el instigador y se le expulsó del partido junto con Liu Binyan y Zhang Xiangliang. La represión subsiguiente se saldó con un debilitamiento del grupo reformista —Hu Yaobang, por entonces Secretario del PCCH, fue destituido— y por un reforzamiento de los conservadores, visible ya en la campaña contra el «liberalismo burgués» lanzada a mediados del 87, que se deshizo en medio de la indiferencia general tan rápidamente como había surgido.

Pero la victoria de los conservadores había sido pírrica y encubría en realidad un auténtico reparto del poder que pronto se hizo evidente tanto a nivel del buró político, y, sobre todo, de su Comisión Permanente, como de la Asamblea Nacional Popular. La reforma económica subsiguiente resultó ser también un híbrido de difícil manipulación.

La idea general era aumentar las reservas del Estado para que éste pudiera intervenir en los mecanismos de control macroeconómico. Para ello se redujeron drásticamente los subsidios a las empresas y a la agricultura, acompañándolo, lógicamente, de una mayor autonomía para ambas. La liberalización de los precios agrícolas produjo un aumento espectacular de la inflación

que a finales del 88 llegaba a un 40%, mientras las empresas, que temían una reaparición del control estatal, se lanzaban a una espiral de inversiones que recalentaba todavía más la economía, en particular en las zonas económicas especiales (Guangdong alcanzó en 1988 un crecimiento industrial del 36%, frente al 7,8% previsto por el plan).

Además, la crisis estaba alcanzando el campo: en el otoño del 88, el Estado se vio obligado a pagar la entrega obligatoria de cereales y algodón en bonos de la deuda pública, pero, en cambio, obligaba a pagar con dinero los fertilizantes que suministraba y cuyo precio había disparado la especulación. Crisis tanto más grave cuanto que el tamaño familiar de las explotaciones las hacía sumamente vulnerables y que la brusca interrupción de la construcción en las ciudades amenazaban con devolver al campo los 10 millones de población campesina fluctuante empleada en ella.

Los debates entre conservadores y reformistas desembocaron finalmente —en el verano del 88 en Beidaha, y en los dos primeros meses del 89— en una lucha sin cuartel por el poder que trascendió en gran medida a las calles de las ciudades. Irritaciones de procedencia muy diversa y de signo a menudo contradictorio confluyeron finalmente en un punto esencial: el profundo hastío hacia un poder que los había sometido a lo largo de cuarenta años a un vaivén tras otro y la necesidad de establecer alguna forma de control social sobre sus imprevisibles bandazos. Así fue como la democracia se convirtió en una exigencia prioritaria y mayoritaria: no por idealismo abstracto ni por mimetismo hacia Occidente, sino simplemente porque sin ella todo funcionaba demasiado mal.

La primavera de Pekín en junio de 1989

La proximidad del aniversario del 4 de mayo de 1919, en que los estudiantes iniciaron el movimiento democrático chino, así como la inminente visita de Gorbachov —en la que confluían las esperanzas despertadas por una reforma política hecha desde dentro del sistema y la enorme pantalla que representaba la presencia masiva de todos los medios de comunicación mundiales— explican la agitada expectación que sacudía Pekín a principios de abril. La muerte de Hu Yaobang, a mediados de mes, fue el detonante. Y el fuego alcanzó inmediatamente el centro mismo del poder: al día siguiente, un *dazibao* de la universidad de Pekín proclamaba ya lacónicamente: «El que debe morir no muere», en una alusión inequívoca al mismísimo Deng.

Las manifestaciones subsiguientes que arrastraron a toda la población urbana, y con ella a numerosos

miembros del partido, y se convirtieron en las mayores de toda la historia de China, tuvieron desde el principio un significado inequívoco de repulsa contra el gobierno: los pekineses votaron con los pies. La huelga de hambre de los estudiantes —en un país en el que la mayoría de la población conserva un vivo recuerdo de lo que es pasar hambre— produjo en China una conmoción moral sin precedentes, tanto más cuanto que los medios de difusión, en parte sumados al movimiento, le dieron amplia resonancia. Y además Deng tenía las manos atadas ante la inminencia de la super-cumbre que se avecinaba.

Al miedo que se había apoderado ya de los altos dirigentes hubo que añadir una irritación sorda cuando los estudiantes y la población de Pekín les hicieron «perder la cara» ante Gorbachov. Una humillación como aquella, vivida además a nivel popular con una alegría desbordante y un orden impecable, que día tras día ocupaba los primeros espacios de las televisiones de todo el mundo, era imperdonable. Y además muy peligrosa: Zhao Ziyang ya había empezado a desmarcarse. La confluencia de todas las oposiciones que había convertido la calle de Pekín en un frente único, acentuó en cambio las divisiones en el poder de forma irreversible.

La masacre de Tiananmen

Quedaba por saber quién se iba a encargar de frenar el movimiento. Utilizar el partido era de momento impensable porque hacía ya años que bajo este nombre se englobaba a gentes muy distintas. Por un lado, los funcionarios poderosos, implicados en corrupciones y abusos del poder con todo su séquito de pequeños burocratas autoritarios e incompetentes ocupados en ampliar las minúsculas parcelas de poder y en conservar sus privilegios y el acceso a pequeñas corruptelas. Por otro lado, la masa de militantes de buena fe, honrados en extremo, y frenéticos con la dirección del partido. Estaba claro que para la liquidación del movimiento no servían ni unos ni otros: los primeros no tenían la menor capacidad de persuasión y los segundos corrían por las calles gritando por la democracia. Pero el aparato dirigente, a través de la comisión militar del partido, dirigida por Deng, conservaba el control del ejército.

Deng había tenido buen cuidado de asegurarse su fidelidad, ya desde 1979, licenciando a los comandantes más comprometidos con la revolución cultural. Sin embargo, la popularidad del ejército —que durante treinta años había representado para los campesinos la única esperanza de escapar del campo— había disminuido notablemente con la implantación del sistema de explotación familiar: ahora había porvenires mucho mejores y las limitaciones impuestas a la natalidad ha-

cían impensable que la familia renunciara a la ayuda de un hijo varón.

Por otra parte, la reforma no había tratado bien al ejército. Aunque su modernización era una de las cuatro previstas, ésta se había concretado en una reducción tanto de sus efectivos —que habían bajado de cuatro millones a tres— como de las circunscripciones militares que cuadrículan el país —que habían pasado de once a siete—, sin que ello comportara un aumento del presupuesto asignado ni una modernización tecnológica. Para subvencionar sus necesidades el ejército de la reforma tuvo que dedicarse a los negocios. Se hizo socio de varias *joint ventures* —el principal hotel de Pekín, el Wangfu, funciona con capital conjunto de socios filipinos y del Ejército Popular de Liberación—, y dedicó parte de las fábricas de uso militar a la producción de bienes de consumo: autobuses y neveras salieron de sus arsenales. Pero, como es evidente, sus principales negocios siguieron ligados al ramo: China fue el principal vendedor de armas a Irán, sin despreciar tampoco la venta de misiles a Irak. Entre 1980 y 1988 el ejército se convirtió en un gran exportador de armas y el volumen de los negocios aseguró a China el cuarto lugar mundial en el ranking de los países vendedores de armamento. Esta política, que perseguía la autofinanciación de la modernización del ejército, lo convirtió a su vez en un nuevo poder económico dentro del Estado vinculando su suerte a la del sistema.

Deng podía pues apelar tanto a su conservadurismo como a sus intereses. En última instancia, sin embargo, tuvo que apelar a su disciplina. Cuerpos enteros del ejército vacilaron durante días. Con el tiempo se sabrá de qué purgas y de qué concesiones se valió Deng para conseguir que el alto mando aceptara asumir un papel de verdugo que pulverizaba uno de los mitos más cuidadosamente alimentados durante años: el de la absoluta compenetración entre el ejército y el pueblo.

La masacre de Pekín, una de las mayores matanzas masivas de civiles perpetrada por el ejército propio en tiempos de paz de todo el siglo XX, liquidó la credibilidad de la reforma a nivel internacional y —junto con la sorda y pertinaz represión posterior— dejó el país a la deriva. Los problemas económicos que motivaron la crisis siguen ahí, mientras el capital extranjero empieza a retraerse, provocando con ello una contracción de toda la economía. Y una nueva y enorme crisis política se cierne sobre las cabezas de los vencedores: la de la muerte inminente de Deng Xiaoping.

Las voces que ahora llegan en sordina desde China transmiten una desesperanza sin fin, y aunque por primera vez se haya constituido una cabeza de oposición visible en el exilio, los chinos saben que el sistema puede durar todavía lo suficiente como para amargarles la vida de forma irreparable; y para muchos será ya la tercera vez.